

DE BUENAS LETRAS

# Cartier-Bresson

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC  
(DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA)

Los mecanismos de la sencillez son tan difíciles como complejos. Manejar los elementos mínimos indispensables para alcanzar la belleza, lo sublime, es una tarea al alcance sólo de unos pocos. Lo fácil es siempre dejarse llevar por los fastos del oropel, por la chamarrasca o las volutas de humo. Velázquez logró obras geniales con un reducido haz cromático. Y así lo hizo también Henri Cartier-Bresson (1908-2004), uno de los grandes fotógrafos del siglo XX, con su característica y obstinada utilización del blanco y negro para captar el nervio oculto de la vida. Como dijo el personaje de una película de Wenders, la fotografía ha de ser en blanco y negro porque ese es el color de las cebras.

Su lugar de trabajo no fue el estudio sino la calle. Cartier-Bresson nunca desechó las temidas horas fuertes del día, las de la luz dura y cegadora. Aprovechándose de ellas, supo modelar la embarazosa gama de los grises, del sol, la penumbra y las sombras, hasta crear la imagen perfecta. Esa que se fundamenta en la captación del 'instante decisivo', gracias al cual inmortalizó la mirada tímida de una joven escondida entre para-

guas abiertos; o, desarrollando sus variantes, 'la coalición simultánea' y la 'explosante-fixe', que combina movimiento y quietud, como se aprecia en el célebre transeúnte saltando un charco detrás de la estación de Saint-Lazare. Qué difícil es inmortalizar con nitidez la fragilidad y el tiempo.

Desde su primer reportaje en África, siempre rehusó la plasmación del exotismo cultural, lo que definía como el «detestable color local». Lo esencial era la desnuda complejidad del ser humano, reflejada en los cuerpos agotados y en las expresiones de los estibadores de una dársena perdida en la jungla. Sus contactos con el surrealismo y con el cineasta Jean Renoir lo afianzaron en la idea de que para captar la verdadera realidad hay que comprometerse con los desfavorecidos y dirigir la mirada hacia aquello que los demás ignoran o sencillamente rechazan. Cuando cubrió la coronación de Jorge VI para el diario comunista *Ce Soit* (1937), Cartier-Bresson desecha el orondo perfil de la realeza inglesa. Su afán es mirar únicamente a los que contemplan, a los fascinados por la ceremonia, a la anciana aupada a los hombros de dos varones, al borra-

cho que duerme sobre un colchón de periódicos mientras la multitud vitorea. El objetivo es fijar con su pequeña Leica, disimulada siempre entre las manos, el alma del pueblo, su inocencia y su fuerza; o dicho con otras palabras, poner la cámara ante la cotidianidad más ínfima, «al servicio de los intereses de los explotados contra los explotadores». Esto se vería en sus reportajes de Méjico, Moscú, Cuba o la India, y, sobre todo, en la creación, junto con Robert Capa y otros, de la acreditada agencia 'Magnum' para convertir lo desapercibido en asombroso.

Según Susan Sontag, algunos «fotógrafos se erigen en científicos, otros en moralistas». Pese a encerrar una inexcusable carga ética, la obra de Cartier-Bresson sobrepasa ambas categorías, puesto que, para él, la realidad, el entorno inmediato carece de sentido sin el destello de la gente, sin el fluir espontáneo de la vida. Nada de lo humano, o mejor, de la especificidad de lo humano, le es ajeno. La imagen de unos niños corriendo y brincando entre cascajos, observados a través del orificio de una pared, es en sí misma magnífica. Pero se convierte en genial desde el momento en que es realizada por la presencia inmóvil, en medio de ellos, de un chaval con muletas. Ése es el corazón de la foto, el contraste sublime. Y ahí está el toque maestro, inimitable, de Cartier-Bresson.

Todo esto que comento, y muchas cosas más, lo he podido disfrutar este verano en una gran exposición de la Fundación Mapfre (Madrid). Compartirla y recrearla después placenteramente, tomando un café en el 'Gijón', fue otro paseo por las delicias.